

JULIO VERNE

visionario político

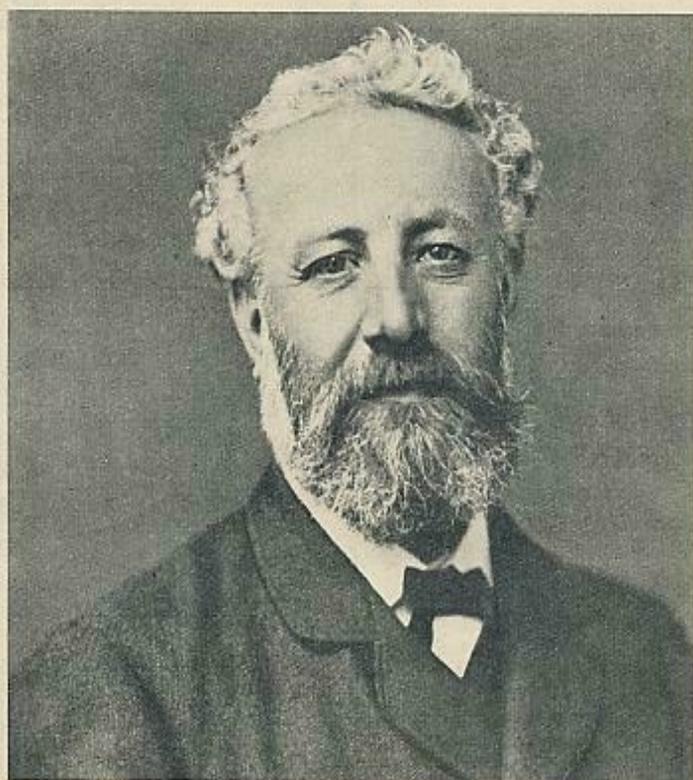
NUNCA se ha hablado tanto de Julio Verne: los satélites rondan por el cosmos, los cohetes suben hasta las estrellas, un «Nautilus» recorre miles de leguas submarinas, la operación Apolo se realiza en los lugares que había imaginado y Francia decreta que 1971 es el «año Julio Verne».

«Me siento el más desconocido de todos los hombres», dijo en 1895, cuando estaba en plena gloria. Julio Verne sigue siendo un escritor mal conocido. Se le considera aún como un novelista menor, «para niños», a pesar de los estudios y ensayos que ha provocado últimamente su obra. «Revolucionario subterráneo», dijo de él el poeta Pierre Louys. En realidad, Julio Verne estaba lleno de contradicciones —esencialmente entre su vida y su obra—, aunque últimamente los análisis de Michel Butor, de Gramsci y de Chesnaux lo presentan como progresista. Lo cierto es que Verne no sólo era el historiador, geógrafo, moralista, visionario y poeta que todo el mundo conoce; a partir de 1889, con «Los quinientos millones de la Begum», expone sus preocupaciones antes «subterráneas»: poder de la finanza, perversión de la tecnología, fracaso de las grandes ciudades y hasta amenazas del imperialismo americano.

¿Una vida burguesa?

A simple vista, y según sus primeros biógrafos, la vida de Julio Verne se asemeja a la de cualquier honorable burgués del Segundo Imperio. Hijo de un abogado, realizó estudios brillantes, se casó, tuvo hijos y vivió tranquilamente en la provinciana Amiens... Sin embargo, fue muy distinta. Si muchos padres supieran...

La frase final de «La vuelta al mundo en ochenta días» es reveladora: «¿Qué había traído de este viaje? Nada, diríase, si no fuera una mujer encantadora que, por muy inverosímil que parezca, le hizo el más feliz de los hombres». Para Verne, es inverosímil que una mujer pueda hacer feliz a un hombre: a los once años, Verne se enamora locamente de su prima Carolina, cuya mano se atreve a pedir a los dieciocho, venciendo una timidez excesiva. La dulce Carolina se ríe de él y se casa semanas después con un rico industrial de Nantes. Aquí empieza el primer «gran secreto» de Verne. Huye, desesperado, a París, donde funda el Club de los Once sin Mujeres. Cierta es —y será una contradicción más— que poco después se casa con la rica viuda Honorine, aunque ésta tiene la ventaja de aportar una buena dote... y dos hijos ya hechos.



“Es, y con mucho, el mayor genio literario de todos los tiempos: perdurará cuando todos los demás autores de nuestra época hayan sido olvidados. Es, por otra parte, tan monstruoso el dársele a leer a los niños como el hacerles aprender las fábulas de La Fontaine, tan profundas, que ya muy pocos adultos tienen capacidad para apreciarlas”.

(Carta de Raymond Roussel a Eugene Leiris.)

RAMON LUIS CHAO

Verne no deja de frecuentar el Club de los Once sin Mujeres, y según sus familiares, las relaciones entre marido y mujer nunca fueron muy íntimas. En Amiens, Verne se encerraba en su despacho con la disculpa del exceso de trabajo. Excelente disimulador, desempeña el papel de marido ideal, y el italiano Amicis, que le visitó en Amiens, cuenta en su diario que el matrimonio Verne parecía «una pareja en luna de miel». Gran parte de su vida transcurrió en viajes con su hermano Paul —al que quería como Dostoyevski a su hermano Mikael o Van Gogh a su hermano Theo— o con algún componente del extraño club. Sus amistades masculinas no dejaban de ser peligrosas: todavía no se ha aclarado el misterio de sus relaciones con su sobrino Gaston, hijo de su hermano bien amado. Lo cierto es que este sobrino le esperó una noche delante de su casa y le descargó dos tiros a bocajarro. Verne salió con vida del atentado,

pero quedó cojo para toda la vida; su familia se apresuró a meter al joven en un manicomio y Verne a quemar cartas comprometedoras.

Paraíso masculino

Vaya todo esto por el aspecto biográfico de este «burgués»-escritor para niños». Cuando sabemos, además, que, según él, «es raro que la personalidad del autor no esté mezclada en lo que escribe», ya tenemos la clave de la ausencia casi total de mujeres en sus obras, de su misoginia, de su pesimismo ante una institución burguesa como el matrimonio, ridiculizado en la menor ocasión: en «Las tribulaciones de un chino en China», una boda se mezcla en la calle con un entierro; en «Las Indias negras», los novios se tienen que casar de luto debido a la muerte de un pariente... «Gags» para Buñuel, Summers o René Clair. El mismo Verne llevaba el día de la ceremonia con Honorine, ¡suprema burla!, guantes negros.

Pocas mujeres hay en la obra de Verne, y las que aparecen episódicamente son históricas, pero la manera más hábil de criticar la institución del matrimonio reside en su predilección por los héroes solitarios: el doctor Ferguson y Richard Kennedy («Cinco semanas en globo»), el profesor Lidenbrock («De la Tierra a la Luna»), el capitán Nemo y Aronax («20.000 leguas submarinas»), Michel Strogof (aunque al final se case, más por su gratitud que por su amor), etcétera...

El mundo de Verne es el paraíso de la masculinidad, y los sentimientos que profesan sus héroes son ambiguos e influenciados por los fantasmas del autor. Las relaciones entre tíos y sobrinos o entre hombres maduros y adolescentes se transforman casi siempre en frecuentaciones más íntimas, a veces filiales. Así, el caso del marqués de Vegal y el joven indio Martín Paz, en la novela de este título. Precisadas son las escenas de «Los hijos del capitán Grant» entre lord Glenarvan y Robert Grant: «No pudo dominar su emoción; atrajo al joven sobre su pecho y le besó en la frente, mientras que lágrimas involuntarias caían de sus ojos...» «Glenarvan no pudo contestar: la emoción lo paralizó, y arrojándose, lloró ante este joven...».

Nemo, el anarquista

En el terreno político encontramos también estos fenómenos contradictorios de una vida católica (posternación ante el Papa), conservadora (partidario de la condena de Dreyfus) y reaccionaria (contrario a la Comuna); una obra en la que expresa opiniones anarquistas, panteístas, anticolonialistas y antiimperialistas. Una sola vez en su vida descubrió sus preferencias políticas, al presentarse en 1889 —ante la gran estupefacción de sus amigos— a la elección municipal de Amiens en una lista ultraizquierdista. Claro que una vez elegido se limitó a hacer triunfar sus planes de... urbanismo.

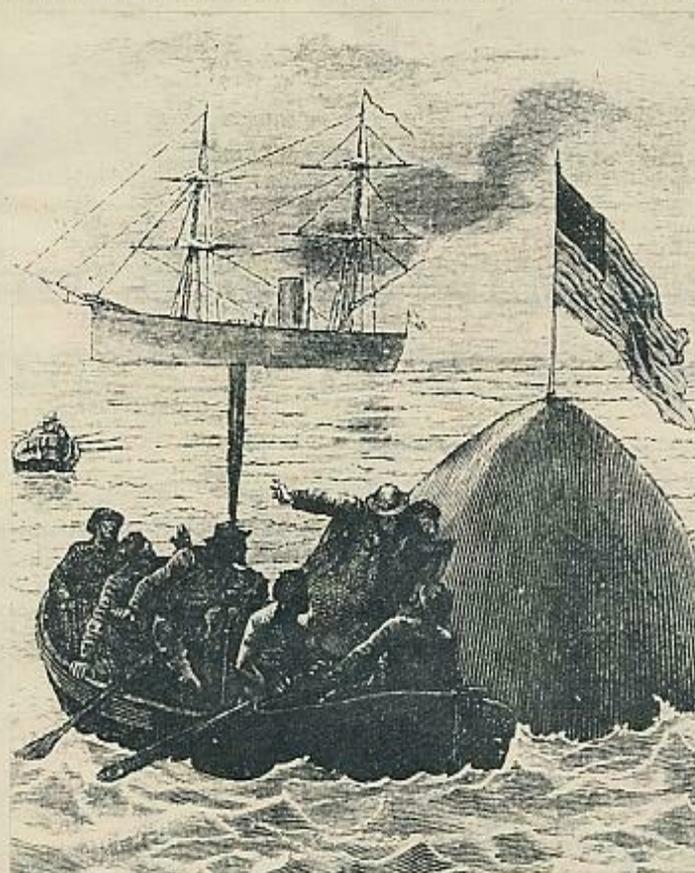
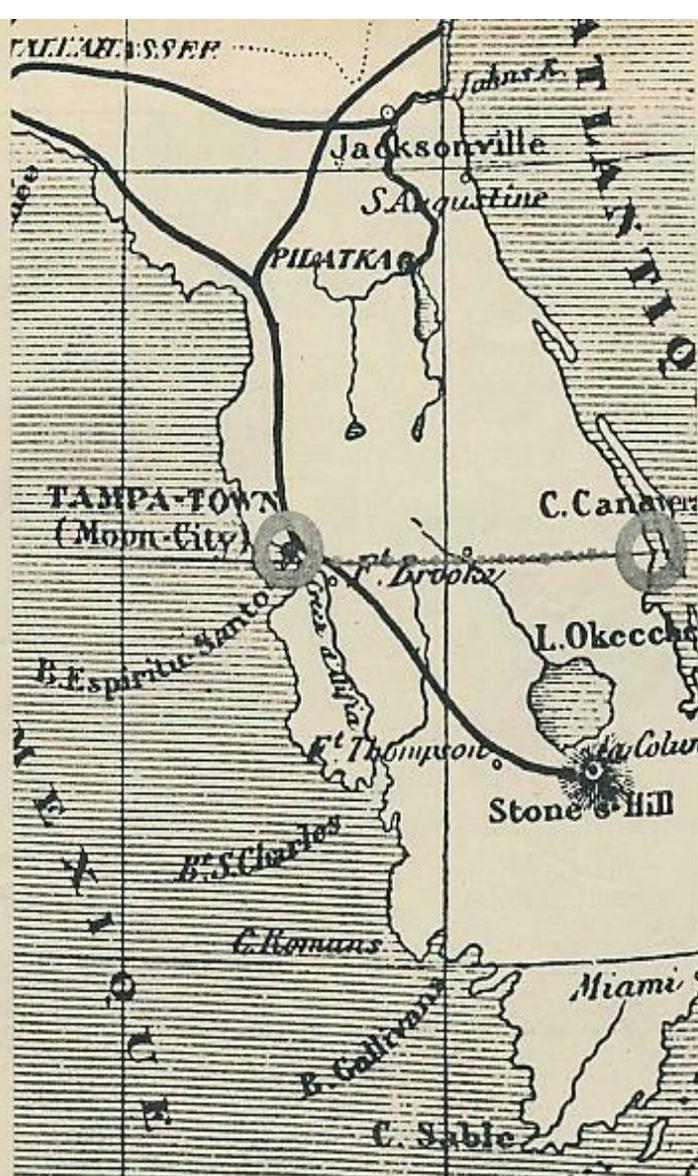
«Yo no soy lo que vosotros llamáis un hombre civilizado. He roto con la sociedad entera por razones que yo sólo tengo derecho a apreciar. No obedezco a sus reglas, y os exijo que no las invoquéis nunca ante mí...». Son palabras del capitán del «Nautilus», Nemo, descrito por Julio Verne «con los brazos cruzados, de pie, con la cabeza hacia atrás...», como presenta siempre a sus personajes rebeldes: Robur el Conquistador, Dimitri Nicolalev, Thomas Roch, todos ellos prototipos de anarquistas.

Se sabe que Verne frecuentó —se-

guramente en la trastienda de su editor Hetzel— a algunos de los anarquistas más significativos de su época. Elisée Reclus, ideólogo de la inteligencia anarquista entre 1881 y 1890, fue su amigo, como también Nadar, que evolucionó del socialismo saint-simoniano al anarquismo. Y entre los «misterios» de Julio Verne figuran sus posibles relaciones con Bakunin y con el príncipe Kropokine.

Indudable es que las ideas anarquistas están diluidas a todo lo largo y ancho de sus novelas, pudiéndose considerar al capitán Nemo —que planta en el Polo Norte ¡la bandera negra!— como la «realización» del personaje oculto que Julio Verne lleva dentro. La bandera negra aparece a menudo en la obra de Verne: los campesinos canadienses la enarbolan contra los ingleses colonialistas; negro es el estandarte del ingeniero Robur... Pero si Nemo es el personaje clave de Verne —el que expresa en muchas facetas sus ideas—, Kaw-Djer, héroe de «Los naufragos del Jonatán», manifiesta de forma rotunda sus aspiraciones libertarias. Veamos la presentación que de él hace Verne. Se encuentra en la actitud clásica de sus personajes rebeldes: «Con los brazos cruzados, de pie sobre la roca, mantenía la inmovilidad de una estatua...». «... entonces, mientras que su mirada parecía desafiar al cielo y recorría orgullosamente la tierra, se escapó un grito que resumía su apetito salvaje de una libertad absoluta, sin límites. Era ese grito el de los anarquistas de todos los países, la forma célebre tan característica que se emplea normalmente como un sinónimo de su nombre, en la que —en cuatro palabras— está contenida toda la doctrina de esta secta temible: "Ni Dios ni amo", proclamó con una voz brillante, mientras que el cuerpo, medio inclinado sobre las olas, parecía, con un gesto orgulloso, dominar el inmenso horizonte».

El que tanto Nemo como Kaw-Djer hayan tenido un final en desacuerdo con sus ideas no borra la impresión que han dejado los adjetivos dítirámicos y la simpatía permanente; esta nueva contradicción de Julio Verne hay que apuntarla —así lo creen sus exégetas— a las obligaciones comerciales que le imponía el editor. Y cuando habla de «secta temible» puede ser una concesión al editor para atenuar lo de brillante, desafío al cielo, gesto orgulloso, etcétera, aunque también hay que precisar que Verne distinguió siempre a los anarquistas «roídos por el odio y la envidia, dispuestos siempre a la violencia y al asesinato» de los «verdaderos poetas



Lugar de lanzamiento del cohete hacia la Luna: a la misma latitud que el «Apolo», en Florida; lugar de recuperación: en los mismos lugares que el «Apolo» (océano Pacífico) y con el mismo sistema.

que sueñan con una humanidad quimérica donde el mal sería eliminado para siempre».

¡Pobre Irlanda!

La vida de Julio Verne —y más precisamente su carrera literaria (1862-1905)— corresponde exactamente con el «paso al imperialismo» de las sociedades industriales de Occidente. Verne, el autor infantil, tiene constantemente en cuenta este fenómeno, tomando posición contra todo expansionismo y colocándose siempre al lado de los movimientos de liberación nacional. Fue, cierto, partidario de la colonización. Para él, los colonos hacían una obra útil de enriquecimiento de tierras abandonadas, aportaban técnicas modernas a los países atrasados, etcétera. Sin embargo, su anticolonialismo va tan íntimamente ligado a un antibritanismo, que le hace sospechoso.

«Los tenaces anglosajones terminarán gibraltariando todos los estrechos del globo... «Inglaterra no se desprende fácilmente de sus posesiones»... «Si el mundo conociese todas las injusticias que esos ingleses, tan orgullosos con sus guineas de oro y con su potencia naval sembraron por el globo, no tendría bastantes insultos en la lengua humana para arrojárselos a la cara»...

Este antibritanismo, cercano al racismo, ha sido analizado definitivamente por Gramsci: es un elemento profundo de la psicología popular francesa; remonta a la formación de la Francia moderna, de Juana de Arco a la Revolución francesa y a Napoleón. El anticolonialismo verniano es, pues, generoso, pero poco científico. Por eso, un adulto bien informado de las realidades históricas puede comprender las causas de este y otros racimos de la obra verniana, pero en ningún caso lo podrá hacer un público infantil en 1971.

Sin embargo, en las luchas de liberación nacional, Verne tiene una visión política más concreta y más futurista, concediendo una gran importancia al contexto y a la significación sociales de los movimientos de liberación. «¡Pobre Irlanda! No te olvidaste de glorificar al Todopoderoso, pero los hombres de buena voluntad, ¿te asegurarán un día la paz social devolviéndote la Independencia?». En «Un hombrequito», el contenido social del problema nacional irlandés y sus bases económicas están subrayados de forma clara... y actual: la explotación de los campesinos católicos por los lares protestantes ausentes del país («el resultado de esta ausencia es que el dinero producido por el tra-



Una compañera segura para un emocionante fin de semana.

Tan segura como su propia seguridad ante la vida. Sí. Elegante, "chic", con auténtico estilo, English Lavender de Atkinsons es una Lavanda Inglesa con siglos de tradición, una Lavanda especial verdaderamente a tono con usted...



y cuya fragancia entusiasma también a las mujeres. Puede intimar tranquilo con esta inglesa especial: English Lavender de Atkinsons es frescamente discreta. Llévesela, llévesela a todas partes: una inglesa así, distingue.

English Lavender de
ATKINSONS

Una vida impregnada de fragancia inglesa.

Colonia - Jabón de tocador - Pañuelos perfumados

JULIO VERNE

bajo irlandés se envía fuera, y no es de provecho para Irlanda»). Cuando la familia de Mac Carthy no puede pagar los impuestos, la «Policía inglesa», los «expulsa de forma inoble»: «Después de tales ejecuciones, tan frecuentes y que van hasta la ferocidad, ¿cómo extrañarse de que se haya acumulado tanto odio en el corazón del campesino irlandés?».

La descripción de la insurrección obrera de Belfast, tal como la hizo Verne, pudiera leerse hoy cualquier lunes en cualquier diario. El héroe, «el hombrecito», nos hace pensar en Bernadette Devlin: «Una multitud compacta cerraba la calle. Tuvo que pasar a través de esta masa tumultuosa. Era día de paga y había una gran cantidad de obreros y obreras. Una disminución de salarios, anunciada para la semana siguiente, había llevado la irritación al colmo. Pronto los gritos sucedieron a las amenazas; las puertas y las ventanas de la fábrica fueron asaltadas a pedradas. En ese momento invadieron la calle varios escuadrones de "policemen" para disipar la reunión y detener a los líderes. El hombrecito trató de evadirse; no pudo lograrlo. Expuesto a verse pisoteado, derribado, aplastado bajo la carga de los agentes, se escondió delante de una puerta, en el momento en que cinco o seis obreros, golpeados brutalmente, caían a lo largo de las murallas».

¡Viva Quebec libre!

Antes que el general De Gaulle, Julio Verne defendió la causa de los canadienses franceses en «Familia sin nombre». Tres patriotas de Quebec —madre y sus dos hijos— sacrifican todo por la liberación de su patria. Verne hace un resumen histórico de las luchas nacionales de los canadienses franceses «brutalizados por la Gran Bretaña» desde la anexión de 1763. Con su visión política y futurista escribe que «las autoridades inglesas hablarán siempre de actividades de una minoría, cuando se trata de un movimiento nacional».

Otros movimientos de liberación nacional encontraron en Verne a un defensor ardiente: la independencia griega en «El archipiélago en fuego», el nacionalismo húngaro en «Matías Sandorf», la lucha de los búlgaros contra la opresión turca en «El piloto del Danubio», las luchas nacionales entre los barones bálticos y los campesinos rusos en «Un drama en Livonia», llegando, en «Caza del meteorito», a imaginar una Groenlandia emancipada de Dinamarca y convertida en Estado independiente.

De la caza de cerebros...

A medida que avanza su obra, el interés de Verne por los problemas políticos se precisa, y la fas-

cinación que había ejercido en él la sociedad americana —veintitrés novelas se desarrollan en los Estados Unidos— se transforma en escepticismo primero y en crítica feroz al final de su vida.

Los Estados Unidos del siglo XIX era un tema futurista para Julio Verne. Su extraordinario desarrollo técnico, demográfico y económico realizaba parte de las previsiones vernianas. Por otra parte, la guerra de Secesión y la abolición de la esclavitud encontraron en Verne un defensor apasionado. «La guerra de Secesión permitió el triunfo de la justicia y del derecho». Otro aspecto —nada despreciable, cierto es— de los Estados Unidos no podía dejar de interesar al esposo de Honorine, y en «La caza del meteorito» escribe: «En ciertos Estados americanos basta, para divorciarse, con establecer un domicilio ficticio, y no es necesario presentarse personalmente; ciertos agentes se encargan de reunir a los testigos y de buscar testigos falsos».

Poco a poco, Verne comprende que el progreso científico e industrial no está al servicio del bienestar general y que la clase dominante americana —cuyos únicos valores se fundan en el dinero— es un peligro para los demás países. La primera crítica profunda y futurista de los Estados Unidos aparece en 1895, en «La isla con hélices». Se trata de una isla artificial construida por una compañía privada destinada a pasear por el mundo a los millonarios americanos, ya que la isla se desplaza libremente por el Pacífico. En esta sociedad artificial sólo reina el dólar. «Los yanquis invasores, a fuerza de comprar a peso de oro los cuadros de los grandes maestros antiguos y modernos para crear galerías privadas y públicas, de contratar a precios formidables a los artistas líricos o dramáticos de fama, a los instrumentistas de mayor talento, se han impregnado el sentido de las bellas y nobles cosas que durante tanto tiempo les había faltado».

Y con este sistema, los dirigentes de la isla secuestran a cuatro instrumentistas franceses que forman el «cuarteto concertante» encargado de solazar a los millonarios americanos. La isla se irá a pique debido a los intereses contradictorios de los millonarios.

... Al desafío norteamericano

En esta isla, la bandera americana tiene sesenta y siete estrellas. Explicación verniana: «Están en pleno desarrollo de su potencia industrial y comercial después de haber anexionado Canadá, hasta los últimos límites del mar polar; las provincias mexicanas, guatemaltecas, hondureñas, nicaragüenses y costarricenses hasta el canal de Panamá».

Un poco antes, en 1889, en «Las tribulaciones de un chino en Chi-



El capitán Nemo encarna las ideas políticas de Julio Verne.



El mundo de Verne es el paraíso de los hombres, y los sentimientos que profesan sus héroes son ambigüos e influenciados por los fantasmas del autor...

na», ya Verne anticipa el comportamiento de los norteamericanos con sus aliados asiáticos. Sus observaciones deberían hacer reflexionar a los dirigentes de Saigón: «Muy prácticos son estos americanos. Ayudaron a Kin-Fo mientras valía doscientos mil dólares; absolutamente indiferentes de lo que le pasará cuando no tenga un sapek».

Pero ya en 1901 la visión política futurista le lleva a imaginar un Congo norteamericano (sesenta años antes de la intervención de los Cascos Azules!) en «El pueblo aéreo: «El Gobierno Federal reclamará un día parte del pastel africano...».

No sólo critica Verne el expansionismo americano, sino que prevé el carácter nefasto de la american way of life y la «inocencia» de los genocidios futuros: «Sabemos con qué energía se desarrolló el instinto militar en este pueblo de armadores, de negociantes y de mercaderes... La única preocupación de esta sociedad fue la destrucción de la Humanidad con un objetivo filantrópico y el perfeccionamiento de las armas de guerra, consideradas como un instrumento de civiliza-

ción. Era una reunión de ángeles exterminadores, por otra parte los mejores hijos del mundo».

En «La vuelta al mundo...» describe las ciudades americanas como «vastos tableros de largas líneas frías, con la tristeza lúgubre de los ángulos rectos, según la expresión de Víctor Hugo», y añade más lejos: «En este singular país, donde los hombres no están evidentemente a la altura de las instituciones, todo se hace en grande: las ciudades, las casas y las tonterías».

Y la sátira se vuelve feroz en la obra titulada «La jornada de un periodista americano en el año 2889». Los editores americanos no aprecian el humor —o la visión— futurista de Verne, y la novela no se publicó íntegramente hasta después de su muerte.

Sus previsiones son escalofriantes: los Estados Unidos han anexionado todo el Nuevo Mundo, y no sólo eso, sino también Inglaterra. Washington ya no es la capital federal; se ha desplazado a Centrópolis, y el gran diario americano «New York Herald» se ha convertido en el «Earth Herald Tribune»... que tiene un poder de presión decisivo en los negocios y en la política: «Los plenipotenciarios de todas las naciones y los ministros se presentan a su puerta (del director), pidiendo sus consejos, esperando su aprobación, implorando el apoyo de este órgano todopoderoso». La cultura y las artes han llegado a su nivel más bajo: «La pintura cayó en tal olvido, que "El Angelus", de Millet se vendió por quince francos, y eso gracias al progreso de la fotografía en colores...».

¿Previsiones pesimistas? Conviene recordar que todas sus profecías no se han cumplido, y que cuando escribía: «... ante la raza anglosajona, los australianos y los tasmánicos se han desvanecido; ante los conquistadores del Far West desaparecen los indios de Norteamérica. Un día, quizá, los árabes serán aniquilados por la colonización francesa» no supo prever la resistencia argelina que ahora raciona el petróleo a la ex metrópoli ni el sacrificio victorioso del pueblo vietnamita ante el invasor.

En resumen, podríamos concluir, después de todo lo escrito, que Julio Verne es un escritor progresista, y no tan oculto como se diría. No: «Mis amigos han comprendido todo al revés —escribió—; unos dicen que era de derechas cuando era de izquierdas y otros dicen que era de izquierdas cuando estaba a la derecha...».

Si algo se puede sacar en claro después de todo esto es que ningún problema grave está ausente en la obra de Julio Verne (se podían analizar también sus ideas sobre Dios, las religiones, etcétera) y que conviene, en este año que se le dedica, leer con nuevas luces a este escritor «para niños». ■ R. L. CH.